

EL MOTÍN

Año XXXV.

Madrid, Jueves 4 Noviembre 1915.

Número 44.

Lo que queda de Jesús

Un clero que predica la pobreza
y vende sacramentos por dinero;
la humildad, y es soberbio y altanero;
la castidad, y falta á la pureza.

Un rebaño de imbéciles que reza
por miedo ó por rutina, y que ese clero
se cuida de llevar por el sendero
que conviene á sus miras de grandeza.

Esto queda de aquel que predicaba
la piedad y el amor, y que mandaba
vencer con el perdón al enemigo.

Y nada más... ¡Acaben las ficciones!
¿No nos lo están diciendo los cañones?
¿No es la Europa cristiana buen testigo?

José Nakens

Por qué hago libros

Un obrero y un escritor de Valladolid han lanzado la idea de que abra una suscripción cada periódico republicano para comprar libros de El Motín. Por lo que ambos representan, el trabajo y la cultura, me honra y enorgullece la iniciativa, prescindiendo de la parte molesta que tienen los asuntos de esta clase. Aisladamente, ya habían tomado la iniciativa los republicanos de una población.

El obrero es tipógrafo, y se llama Rafael Alcázar.

El escritor es Abraham Polanco, el joven y ya célebre autor del valiente libro EL CORRECCIONAL DE SANTA RITA. La población es Denia.

Al leer en *El País* la noticia de lo que habían propuesto Alcázar y Polanco, me dije:

«Por si la proposición cuaja, que quizás no, voy á enterarme de las existencias (frase comercial).

Y al día siguiente supe que en la administración había:

	PESETAS
18.475 tomos de á dos pesetas.	36.950
34.860 de peseta	34.860
85.000 folletos á quince céntimos	12.750
13.200 láminas en cartulina á veinticinco céntimos una	3.300
2.500 colecciones de á diez tarjetas postales á cincuenta cts. una . . .	1.250
TOTAL	89.110

Al leer esa fabulosa cifra, no sé qué fué primero, si quedarme mudo de sorpresa, ó surgir en mi memoria estos versos de una fábula de Iriarte:

En cierta ocasión un cuero
lleno de aceite llevaba
un borrico que ayudaba
en su oficio á un aceitero.

A paso un poco ligero
de noche en su cuadra entraba,
y de una puerta en la aldaba
se dió el porrazo más fiero.

¡Ay! clamó: «¿No es cosa dura que tanto aceite acarree y tenga la cuadra oscura?»

Pasado aquel momento de estupefacción, pensé en la rentita que podía haberme creado aplicando las pesetas empleadas en hacer libros á la siembra de patatas, ó á engordar clericales de esos que se ven colgados por las carnicerías desde 1.º del actual, y un hondo suspiro se escapó de mi pecho: «¿Qué he adelantado, me dije, con hacer tantos libros, si no tengo ya ni sitio donde colocarlos?» Mas me consolé pronto, recordando que no soy el primero que se ha visto en este caso, pues ya el rico del Evangelio se preguntaba: «¿Qué haré, puesto que no tengo sitio para encerrar los frutos de mis propiedades?» Lucas, XII, 17). Y contribuyó también á consolarme el vanidoso pensamiento de que nadie ha hecho desde 1909 acá más propaganda anticlerical que yo con sus propios recursos.

¿Que con lo vendido de esas obras he sacado lo bastante para permitirme el lujo de tener almacenado tanto papel? Naturalmente. ¿De dónde, si no, hubiera yo sacado el dinero para pagar la imprenta, el papel y la encuadernación, no habiendo sido ni concejal con suerte ni diputado con fortuna? Pero esto no quita para que la realidad sea esta:

Que hay aquí hoy 89.110 pesetas en libros.

Que vendidos con el 25 por ciento de rebaja, importarían 66.832 pesetas, y con el 50, 44.555.

Y que si yo tuviera ahora, aunque no fuese más que estas últimas pesetas, (44.555) haría tales cosas, que dejaría en mantillas á cuantas he realizado. No he hecho más que enterarme de lo de la suscripción, y ya he pensado en fundar una *Biblioteca anticlerical de bolsillo*, para dar folletos de 64 páginas á 15 céntimos.

¡Y ruja el Infierno,
y brame Satán!

¿Que cómo, teniendo tantos libros en cartera, me atrevo á pensar en confeccionar otros?

Por estar seguro de que, estando hechos, tarde ó temprano irán á manos de alguien, y que donde caiga uno, matará una creencia religiosa ó reanimará una convicción liberal vacilante.

Y me regocija pensar que, desaparecido yo, esos libros seguirán des-

catolizando á mi patria, sin lo cual no alcanzará nunca ni prosperidad dentro, ni respeto fuera.

Que en la imprenta está la redención de la Humanidad, nos lo prueba la misma Iglesia, que tanto abominó de ella siempre.

Hoy combate con la pluma más que con la palabra: funda periódicos, edita libros, difunde folletos, inunda de *Hojitas* España, todo para conservar el predominio que se le escapa, aunque aparentemente parezca lo contrario.

¿Misiones? ¿Sermones? Sí. No para mover los corazones de los fieles á la piedad, sino para repartir impresos difamatorios contra el liberalismo: A esto se reduce hoy la misión de la frailería: á valerse de Gutenberg para saquear en nombre de Cristo.

Y como, según he oído decir un millón de veces, debemos tomar por modelo á la Iglesia en todo, *velay* por qué yo hago tantos libros, folletos, *Hojitas* y láminas.

JOSÉ NAKENS

PERPLEJIDADES DE UN ELECTOR

El autor de estas líneas no milita en partido alguno, pero se considera, con razón, adscripto á la más extrema izquierda; tiene, por tanto, en las elecciones que se avecinan, el deber moral de dar su voto al candidato más radical que se presente ó que presente en su distrito.

Pero he aquí que el candidato más afín es un señor que ya fué concejal otra vegada, circunstancia ésta que supone, no una incógnita, sino una verdad conocida, y la verdad en el caso presente es triste, dicho sea con sincera amargura: como concejal, el inclito señor que aspira á volver á serlo—ó á quien le hacen aspirar—fué una perfecta y definitiva nulidad, una especie de viva la Virgen.

¿Qué hacer en este trance; cómo resolver en este caso de conciencia? Yo quiero votar de acuerdo con mis convicciones; pero me encuentro con que he de dar mi sufragio no ya á un señor en cuya hoja de servicios hay no más que el consabido «Valor, se le supone», sino á un ciudadano desde luego dignísimo, honradísimo, etcétera, etc... que ya fué concejal, circunstancia que por sí sola es negativa, y que lo es más cuando se echa uno á recordar y recuerda que el tal candidato ni proporcionó á Madrid bien alguno, ni le evitó el mal más mínimo.

¿Qué hacer? Votar á ese señor—entre paréntesis, el señor á que se alude existe, en efecto, pero á más del suyo propio tiene otro nombre: *legión*—es, no digamos que ocasionar á sabiendas un mal á Madrid, más si contribuir á perpetuar los males que Madrid sufre. No votarle y votar

contra las ideas que se profesan es una monstruosidad moral. Votar en blanco es contribuir á que venzan los adversarios de las ideas radicales.

Todavía si se tratase de un *novato*, de uno de esos señores á quien no se conoce, ó á quien conocimos, por ejemplo, despachando copas en su taberna, el problema de conciencia variaba. En el primer caso cabía pensar que el desconocido podía muy bien ser hombre, á más de digno y honrado—cualidades que á todos los no conocidos por indignos y no honrados hay que suponerles—conocedor de los problemas madrileños y con soluciones en la mollera para ellos, y en el segundo caso podría llegarse á suponer que el ciudadano del mostrador de taberna ó de aguardientería, ya que no lo que se dice un gerifalte, podría ser un mediano aguilucho, y más cuando en este perro mundo se tropieza con cada pedazo de concejal y aun de alcalde!...

Pero nada, ni siquiera esta escapatoria: el candidato reincidente demostró ya en cuatro, ó en ocho, ó en doce años de ejercicio su incapacidad, probó suficientemente que quien le vote va á perpetuar los males que Madrid sufre.

Para escapar de este verdadero caso de conciencia queda un recurso: no votar; pero este recurso es una verdadera vileza, una cobardía, una deserción, y mil veces más noble y más honrado es votar en blanco...

Querido lector: No veas en lo que va escrito ni asomo de ironía; ello es la verdad pura; y si militas en algún partido, trabaja porque estos casos no sean posibles; haz cuanto puedas porque los candidatos sean hombres capaces, y porque los que ya demostraron su insuficiencia vuelvan á la oscuridad de que no debieron salir.

J. J. MORATO

MAL DE MUCHOS...

He recibido una Hoja fechada en Bilbao el 30 del mes último, y que va encabezada así:

El Comité de la Veterana AGRUPACIÓN SOCIALISTA DE BILBAO, al pueblo de Bilbao en particular, y á los vizcainos en general.

La Hoja comienza diciendo: «El Socialismo español se ha convertido en un Partido más, con todos los defectos de los partidos burgueses y sin ninguna de sus virtudes.»

Y termina de esta manera: *TRABAJADORES. En el tren que tiene su llegada á las cinco de la tarde por la línea del Norte, vienen el domingo á Bilbao los compañeros Perezagua y Laiseca (J) que fueron delegados por la Agrupación bilbaína al Congreso Socialista que aún continúa en Madrid y vienen asqueados de los conspicuos de nuestra política.*

Si, como dice el adagio, «mal de muchos es consuelo de tontos», con-

solémonos los republicanos de las divisiones que nos *dividen*.

OTRO EMIGRADO

He recibido una tarjeta de Angel Samblancat, fechada en París, donde ha tenido que ir á refugiarse, para escapar á la sañuda persecución de que era objeto por parte del Gobierno y los fiscales. No publicaba artículo que no fuese denunciado y tenía que andar siempre á salto de mata para que no lo metieran en la cárcel.

Lo felicito por haber podido ponerse en salvo y le reitero el testimonio de mi amistad.

El homosexualismo y los frailes

Palos y astillas

LOS HOMBRES HONRADOS

No nos asustamos por ello. Estaba previsto. Presentes las causas, no podían andar distantes los efectos. Y los efectos son esas muestras asquerosas de inversión sexual que destilan los conventos.

Llevamos muchos meses diciendo que los frailes del Correccional de Santa Rita están corrompiendo á nuestra juventud, creando legiones de idiotas primero, formando levas de degenerados después. Hemos pedido que se nos procese por ver si ante los Tribunales tenían nuestras palabras eficacia mayor que la que han logrado en el libro y en la Prensa. ¡Inútil todo! Los frailes son inviolables. ¿Qué importa que los chicos no lo sean?

Y ahora ¿se nos hará caso? Escuchad. Esto ha ocurrido no hace mucho tiempo en la Academia de Caballería. Un alumno, casi un niño, convicto y confeso de delito contra naturaleza ha sido obligado á pedir la separación del Colegio Militar. Los cadetes, recelosos de que por poderosas influencias se intentase solucionar benévolamente el asunto, adoptaron una actitud enérgica. Algunos lanzaron frascos de tinta á su excompañero para que no pudiera salir de la Academia vestido de uniforme.

¡Rara casualidad! Ese muchacho ha sufrido corrección de los frailes de Santa Rita. Además se le encontraron cartas vergonzosas de su complemento, que también, ¡oh, cielos!, ha salido de la santa casa. Por esta vez creo que la Divina Providencia en forma de argumento viviente se pone de mi parte.

¿Lo oís, señores? Como ese caso, aunque no tan fácilmente demuestra

bles, estamos sabiendo diariamente escenas edificantes de unos retoños frailunos que por lo visto no tuvieron la suerte ó la fealdad que tenemos nosotros. ¿Qué decís á eso?

¿Qué dicen las clases conservadoras? ¡Ah!, ¿qué han de decir las finchadas? Que las dejen comer en paz y en gracia de Dios, de ese Dios tan bueno que actúa para ellas de panadero sin huelgas; lo mismo que dijeron después de lo de Cuba y Filipinas y ahora hace unos meses, guardando patrióticamente sus cuartos. En España, los elementos pseudo-conservadores merecen el nombre de sub-clases. No quieren pensar ni preocuparse. Cuando en parto de los montes realizan un leve esfuerzo para calcular una banalidad cualquiera, sienten desasosiego, escozor, malestar, molestia física. Así, pues, ¿qué hemos de pedirles? ¡Pobres gentes! que confunden las inquietudes con los piojos!

Y vosotros, los defensores de la cruz y del trabuco ¿qué tenéis que argüir? ¿Qué dice la taifa que insulta de continuo á quienes por lo menos llevan las bragas bien puestas?... Calláis, ¡calláis! Bien me lo explico. Sois cristianos escrupulosos y pensáis ateneros á la frase de Jesús: «El que no haya pecado, que tire la primera piedra.» Sin duda vosotros habéis pecado mucho.

Lo que no me explico tanto es la actitud de esos políticos que há tiempo colocaron en su tarjeta esta leyenda: *hombre honrado*, como si la honradez fuera una profesión ó tal vez porque lo ha sido para ellos. Pues, señores míos, se va á acabar la leyenda y vamos á arrojar la tarjeta al cesto de los papeles.

El Sr. Maura es el número unó de los hombres públicos que explotan la honradez. Oid á cualquiera de sus partidarios. De seguro os dirá: «Nuestro jefe es el más grande estadista español y—eso ni que decir tiene—el más honrado.» ¿No es verdad, lectores? Pues bien, el Sr. Maura es presidente del Patronato de Santa Rita; ha leído mi libro y mis artículos; conoce la intervención parlamentaria de varios diputados; sabe, por tanto, que yo acuso á los frailes de maltratadores, de incultos, de homosexuales, etc., etc. A pesar de esto, el señor Maura no se mueve, no indaga ó no me persigue (él sabrá por qué), no se molesta en ningún sentido. ¿Es esto ser honrado? No. ¿Es ser generoso, perdonándome la cárcel? No; es ser hábil, cultivando su poderío en los conventos y en los requetés. Para ser probo, para ser justo en esta ocasión, había que llevarme ante el juez, y allí, formalizada legalmente mi denuncia, empezaban su marcha forzada los Hermanos y Padres funestos. Esto hubiera sido lo honrado, así hubiera velado dignamente el Sr. Maura por el prestigio de la Fundación y por su propio prestigio en último tér-

mino; pero esto tenía el inconveniente dicho: era dañoso á los frailes, y el señor Maura se ha sacrificado una vez más en aras de la amistad añadiendo la dedada de miel de una nota á la Prensa mensajera de la gran satisfacción que sentía la Junta de Patronos por el funcionamiento actual del Reformatorio. El Sr. Maura será, pues, un buen amigo de los frailes corruptores, pero ¿dónde está su honradez? ¡Ah, señores! Ya encontré la ética gigante de D. Antonio Maura una piedra de toque adecuada.

¡La Cierva! Ciudadanos: he aquí el ministro moralizador. Veremos cómo se justifica... ¿Cree D. Juan de La Cierva que siendo él Patrono del Correccional de Santa Rita puede permitir sin protesta mi campaña *calumniosa, indigna* y todo lo que ustedes quieran, pero que me ha permitido ver que los frailes la hubieran evitado de buena gana con unos cuantos miles de pesetas? ¿Pues por qué no se ha levantado contra mí, ya que un sólo gesto suyo hubiera derruido la modestia de mi fortaleza?... ¡Misterios de la organización psicológica! Este hombre que prohibió la circulación callejera á las prostitutas después de no sé qué hora de la noche, ampara con su complicidad espiritual la prostitución masculina en Santa Rita, acaso exigiendo, eso sí, que actúe de día. Por lo visto para él todo es cuestión de horas.

También La Cierva calla ante mis acusaciones. Y, después de este silencio, todavía hay fanfarrias en casa. Un día, en la Central, el profesor Jiménez Asúa, ese mozo cultísimo que vale por cien *luses* y muchos más, explica Derecho Penal y, científicamente, imparcialmente, da cuenta de mi libro, critica mi libro. Y un hijo del Sr. La Cierva, que aun no sabe escribir una carta, protesta en nombre de la religión! Pero, estudioso alumno, ¿es religión... todo eso que yo denuncié? ¿Comulga usted en esa religión? Reté al iracundo y audaz protestante á discutir mis afirmaciones dónde, cómo y cuándo quisiera, y en una bella muestra del género epistolar hizo el ridículo y renunció gallardamente á defender á su padre. ¡Estas gentes que hablan de deberes cristianos tienen un modo de entender los de familia!...

¡Paso al marqués del Vadillo! El hombre del cuarto turno.

Me parece, señores, que es una garantía. Siendo ministro de Gracia y Justicia el digno y celoso catedrático que explica Derecho Natural haciendo chistes, recibió la acusación de labios del ilustre Giner de los Ríos, prometiendo en su vista girar una visita de inspección al Correccional. ¿Qué ha ocurrido después? ¿No cumplió su palabra? Pues no tuvo decoro personal, ni noción de los deberes de su cargo. Así, sin reparos. ¿Giró la visita? Pues no puede haber ocurrido más que una de estas dos cosas: que

mis denuncias se comprobasen ó que se desmintiesen. En el último caso yo debo ir á la cárcel; en el primero deben ir los frailes. Hay un término medio adoptado por el antiguo y acreditado neo: no molestarme por ahorrar á los frailes disgustos, ni molestar á los frailes porque... no hacía falta. ¡La moral católica! ¡Y pensar que estos hombres sin pudor nos gobiernan y nos fusilan cuando se les antoja!...

¡Oh, quincalleros del honor! ¡Oh, majos del baile social, otorgadores de virtudes, acuñadores de la moneda de la honradez! Habéis cargado la mano en la aleación. Sois unos simples danzantes.

**

Señor Dato: Nos parecen muy bien sus finos modales y su trato exquisito, pero le advertimos que á nosotros tiene que darnos la mano sin dobleces ó decirnos claramente que somos unos calumniadores. (La prueba vendría más tarde). Términos medios, no. Arreglos, no. Componendas, no. Luz en todo. Si no, en vez de *Vaseline* le vamos á llamar *Codlcream*, que no sabemos si será más suave, pero que puede resultar más ofensivo. Está bien que tenga usted realizado el ideal del personaje de *Lo cursi*: vivir sin cabeza; pero vivir sin sexo, ¡francamente! nos parece demasiado, hasta como ideal. Hay que ser hombres, Sr. Dato.

Presentamos acusaciones concretas. Lo menos que puede hacerse es averiguar su exactitud. Y, sobre todo, ahí están los frutos...

El ambiente genera al hombre. Si esto os parece mucho, negad si queréis que influye sobre él. Y después decidnos: De ese ambiente puerco que los frailes crean con sus costumbres y vosotros fomentáis con vuestra cobardía, ¿podrán salir hombres probos, que sientan el bien y decoren con su vida limpia el espíritu patriótico? ¿Saldrán siquiera hombres?

Siempre estáis hablándonos de la Patria. Esta es la ocasión de rendirla un homenaje. Seamos patriotas, y para serlo seamos antes dignos, seamos antes justos. Si no, gobernantes, ¿cómo invocaréis el nombre sagrado para pedir sacrificios ajenos si en el momento propicio no hicisteis ni el de vuestra apatía ó el de vuestro amor propio? No hablo de conveniencias, porque las conveniencias para un estadista consisten siempre, hasta como cálculo, en satisfacer la equidad, impidiendo que se forme el sedimento del odio.

En conclusión, señor presidente, digo:

Que prueba inequívoca de mi razón es el hecho de no haber ido á la cárcel (estamos en España!), á pesar de mis *calumnias* y de ser parte interesada en el bando opuesto casi to-

das las primeras figuras de la política derechista.

Que los frailes de Santa Rita y yo no cabemos en el mismo hemisferio moral, y es preciso decidirse por ellos ó por mí.

Que si su Gobierno no cierra inmediatamente las casas de esos degenerados detendrá de hoy más la misión tutelar que el Estado le confía.

Que sigo desafiando á que me procesen á los frailes, á sus valedores y simpatizantes, desde Maura al último sacristán afeminado y á todo ese formidable poder clerical que diz hay en España, sin olvidar, claro es, á la chusma innoble que con este motivo chupa de ciertos fondos más sucios y peor olientes que los de la trata de blancas.

¿Está claro esto? Pues á la cárcel conmigo.

A esos jóvenes militares que tan simpáticamente se irguieron en la Academia, yo les hubiera dicho: «Esa afirmación de vuestra virilidad me agrada, me entusiasma, pero sería más lógico y más entero que si algún día se os mandase custodiar los conventos, rompieraís vuestras espadas antes de hacerlo, porque si vuestra juventud y vuestros arrestos y el honor de vuestro uniforme no os sirven para eso, no os sirven para nada...»

Pero tales palabras las hubiera dicho yo en Francia, en Inglaterra... En España no. En España sólo fío en el Pueblo.

Sí, sólo fío en él. ¿Qué tendrá el Pueblo, que á él volvemos siempre nuestros ojos?... ¡Hermosa Democracia! Bendito sea el fruto de tu vientre preñado de indignaciones santas, bendito sea aunque no paras una revolución, aunque paras un motín, aunque abortes. Bendito siempre, porque sólo tú concibes la Justicia.

No está en lo cierto Nakens cuando pide que vengan los moros á cubrir nuestras mujeres. No, no está en lo cierto. ¿Siempre ha de estarlo ese viejo orgulloso que presumé de pobre?

Si los moros vinieran por acá ¡desdichados moros!, según se va poniendo esto. Entonces se repetiría á diario la escena más famosa del *Asno de oro*, y cuando un español, como el molinero de Apuleyo, encontrase que su mujer tenía oculto al africano, le diría también á éste: «No usaré de mis derechos contra tí. Tendremos una cama para los tres.»

No, que no vengan los moros porque sería peor para ellos. Que vuelvan los días obscenos de la Roma pagana, que salgan las procesiones monstruosas del culto al dios Falo, que las alegorías lujuriantes pasen, que se inciensen los vergonzosos atributos, que el vicio nefando se

consagre; que vuelva, que vuelva todo eso. Al lado de las imágenes marcharíamos todos moviendo á compás aquella parte innoble del cuerpo humano que tan bravamente supieron explotar muchos santos varones de la Iglesia.

Yo no odié nunca. No odio jamás. Hoy mismo no odio ni á los frailes. Mi ira contra la iniquidad social, contra la alcahuetería social, no se personifica nunca. Ve el remedio, si puede lo pone, y en cuanto á los hombres á la postre se resuelve en lástimas. Mi alma ahora es toda compasión. Compasión para esos chicuelos desgraciados, compasión para sus padres que estarán sufriendo más que ellos, más, más... Pero fué por su culpa, por su máxima culpa. Ya se lo advertí yo, ya se lo advirtió Gabriel y Galán, el poeta católico, el poeta místico:

Me giedin los hombres
que son medio jembras;
cien veces te ije
que no se lo dieras,
que al chiquín lo jácian marica
las gentis aquellas.

ABRAHAM POLANCO

¡TRISTE DESENGAÑO!

En *El País* del jueves leí el siguiente telegrama:

REDENTORISTAS HIDRÓFOFOS

Cabra, 27 (7,50 t.)

Tres redentoristas procedentes de Granada se encuentran en ésta recogiendo toda la prensa libre á cambio de libros religiosos, embruteciendo al pueblo, sermoneando al público en favor del kaiser é injuriando á Nakens y los ideales libres.

¡Oh ingratitud clerical, cuán grande eres! Casi tanto como la humana.

¡Injuriar á un hombre que se ha pasado la vida señalando al clero el camino de la perfección, dando alguna que otra cariñosa fraterna por aquello de «quien bien te quiera te hará llorar», al miembro de la Iglesia que veía apartado del sendero de la virtud, para que no perseverase en el pecado, y encontrarme ahora con el pago este!

Las lágrimas de dolor que esta ingratitud me hace verter, anudan la voz en mi garganta, impidiéndome mandar cortesmente á la mierda á esos respetables misioneros de Cabra.

Cuando recobre la tranquilidad por completo, cumpliré con este deber sagrado.

Por mí que no quede

Siguen los periódicos clericales propalando que yo he publicado cuatro libros titulados *Calumnias al cle-*

ro, y que estoy á punto de convertirme.

Repito que por mí no hay inconveniente. Vengan ese par de millones de pesetas que necesito, y trato cerrado.

Me retracto, oigo misa, confieso, comulgo, y hasta haré de propina una frase para la posteridad, como la de *París bien vale una misa*. Diré, por ejemplo: *Una hostia bien vale dos millones*.

¡Con que á ello, clericales! En último caso, vosotros ganaréis más que yo. Poniendo á réditos de sablazos los dos milloncitos que me déis, sacaréis lo menos doscientos. ¡El ciento por uno! Ni San Bruno da más.

¡Animarse, pues!

Una advertencia.

Si os decidís, no me mandéis ese piquillo por conducto de *El Debate*. El que no entrega lo que ofrece en público, pudiera caer en la tentación de quedarse con lo que se confía á su caballeridad.

El gato escaldado...

TODOS IGUALES

Un jesuita, el P. José Schamberger, pide á los católicos de todo el mundo que envíen dinero al Papa, porque el infeliz está poco más ó menos como yo: *apostrofado* por la fortuna.

No sé qué tiene este oficio de Papa, que en cuanto á uno lo proclaman tal, ya está dispuesto á recibir dinero de los que creen en él ó en lo que representa.

Desde que la *Liga de Defensa del Clero* me ha proclamado Pontífice de la Impiedad en España, se ha despertado en mí el ansia de enriquecerme. Claro es que no lo digo claramente, pero no es otro mi propósito.

Para disimularlo, hago ver á los cándidos que necesito el dinero para combatir al enemigo común: el clericalismo; pero en el fondo es la codicia quien me mueve.

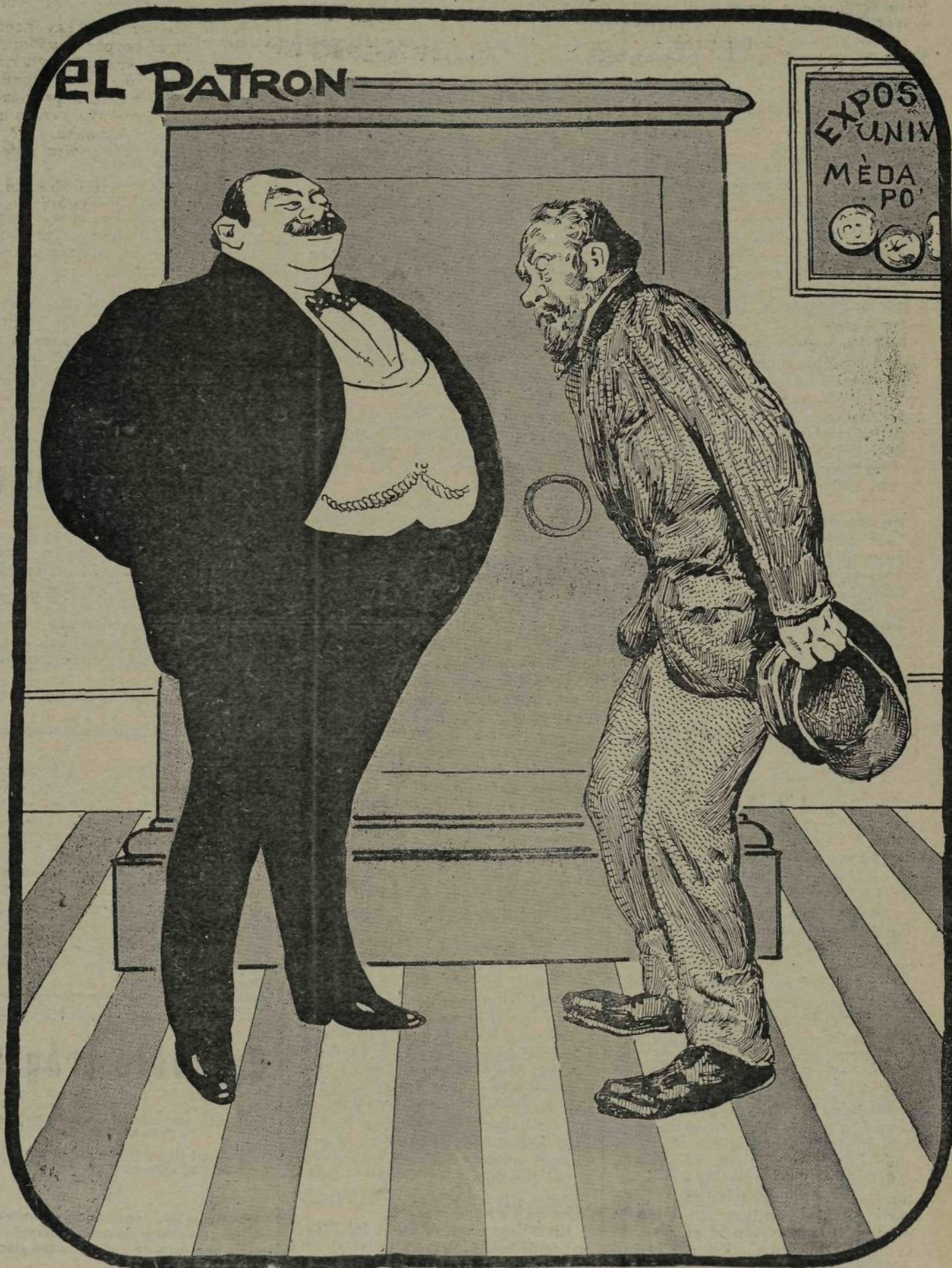
Hasta en el procedimiento nos parecemos: el Papa ofrece bendiciones é indulgencias á los donantes: yo, libros y folletos.

Del valor de las bendiciones no quiero hablar, porque no entiendo de eso; lo único que sé es que no hay que gastar nada para fabricarlas.

Del de los libros ya se me alcanza algo, pues he pagado las facturas del papel, la imprenta y la encuadernación. Las de papel solamente, han ascendido desde 1909 acá á unas 120.000 y pico de pesetas; (en esta suma va incluido el del periódico). Con que calcúlese si habrá impreso *injurias* y *calumnias* contra el virtuoso clero, y vomitado *infamias* contra la Iglesia, maestra de toda verdad.

La eficacia de ambos productos sospecho que no es muy grande. De la de los libros puedo decir, que es casi nula en España; por esto sin duda

El Motín



La explicación en la página seis.

se venden pocos. Sin embargo, hay quien asegura que sirven para hacer fácil la vida aquí abajo; lo contrario de las bendiciones é indulgencias, que diz que facilitan el disfrute eterno de la de arriba.

Pero dejando este punto, vuelvo á lo del parecido en el procedimiento para allegar fondos.

Hace poco el Papa del catolicismo, en el anuncio de la nueva Bula de la Cruzada, ofreció una gran rebaja en las indulgencias y perdones, pues, según dijeron los periódicos clericales, por el mismo precio (digo, importe; digo, limosna; digo, dinero) de antes, eran muchas más las gracias espirituales ofrecidas y los ayunos dispensados ahora.

Procedimiento á que, según es público y notorio, apelo yo cuando me veo apurado: ofrecer más *virtuallas intelectuales* por menos precio, ó consentir que, como ahora, los que creen en mí exciten á los fieles de mi Iglesia á que suelten la mosca para atender á las perentorias necesidades de nuestra Sede Pontificia anticlerical.

Me parece que el parecido no puede ser más completo en el procedimiento, si bien en los resultados se diferencia notablemente.

Como es justo, después de todo. El Papa del catolicismo representa lo espiritual, reñido con los míseros bienes terrenales; y Nos representamos lo terreno, contrario de todo en todo al sublime desinterés de lo espiritual.

Frailes practicantes y predicantes

A la Junta de Protección á la Infancia y á otros.

Cuando en el seno del monarquismo en boga brota alguna nueva institución social, suele preocuparnos como obsesión la misma idea: ¿cuál martingala se esconderá en ese juego y quiénes serán los cobradores del barato?

El tiempo y una mediana observación, suelen traer como respuesta la perfecta inutilidad de tales instituciones con respecto al fin social que decían proponerse. Más tarde suele asomar la oreja de Jorge: el bien social y el bien público pretextados, fueron convirtiéndose en monopolio de acciones enojosas, ó molestas ó nocivas, más diestramente dirigidas al provecho de algunos particulares que á la satisfacción del bien público. Por último, el que tiene paciencia de buscarlo, suele encontrarse un corro de gentecillas que viven al amparo de la institución, como liendres escondidas en esas pelucas de la sociedad.

El clericalismo y el jesuitismo, á veces inspiradores de tales entidades,

acuden presurosos á apoderarse de su dirección, con lo cual se consiguen tres objetos: colocar algunos pania-guados, asegurar para sus adeptos la protección ó el silencio de las entidades y utilizar su nocuidad contra sus adversarios. Los ejemplos los iremos citando.

Hoy nos dirigimos á la Junta de Protección á la Infancia, esperando que convenza al público de no adolecer de los defectos arriba enumerados. Nosotros le brindamos la ocasión, denunciándole dos hechos: uno, el de *prácticas* monásticas, que con toda amplitud expone y comenta en otro artículo la sangrante pluma de Abraham Polanco, cuya indignada voz no debe perderse en el vacío de las clases bien-gobernantes para evitar que descende á enterrarse y á germinar en el seno de las clases mal-gobernadas.

El otro hecho, de *prédicas* frailunas, es el que nos describen algunos vecinos de Cabra, de los medios utilizados por ciertos frailes redentoristas de Granada en sus misiones.

Allí - nos dicen - han utilizado para sus fines apostólicos, el recurso siguiente:

«En la sacristía de una de las parroquias, tienden en el suelo un crucifijo de tamaño natural; apagan las luces de la iglesia, dejando ténue-mente alumbrado el crucifijo de la sacristía, cuyo gesto y escenario adquieren aspecto espantable.

»Reunidos los niños fueron obligados á atravesar la iglesia, para adaptar la vista á la oscuridad y prepararla para recibir el efecto posterior. Envueltos en las tinieblas fueron introducidos en la sacristía frente al crucifijo. Estando bajo la impresión del cadáver, sonó en el espacio con tenebroso sonido la voz del fraile: «¡Vosotros lo habéis matado!»

«Estas palabras causaron tal efecto, que á una niña de un insignificante personaje le dió un accidente que la privó del sentido y que pudo costarle la vida.»

Tal es el procedimiento catequístico de esos frailes.

De su licitud ó criminalidad podrán informar á la Junta de Protección á la Infancia, los pediatras y la Academia de Ciencias Morales, si es que en ella hay individuos con el cerebro suficiente para penetrar la gravedad de este *terrorismo*, y el pecho suficiente para exigir de los obispos la recogida de licencias de predicar á quienes de modo tal hacen escarnio de aquel que dijo: «dejad venir á mi los niños... Mis delicias están entre los hijos de los hombres».

En último caso, el fiscal del Tribunal Supremo podría estudiar si esta aparición de fantasía mortuoria utilizada para aterrorizar á las criaturas inocentes, acusadas de ser los asesinos

de Cristo, no constituye prácticamente una blasfemia contra la inocencia infantil garantizada por el dogma del bautismo, y un escarnio místico-bribónico del propio Cristo que confirmó la santidad infantil asegurando á los niños el reino de los cielos.

Mas por si ni el fiscal de S. M. nos atiende, denunciamos el hecho al Nuncio del Papa, excitándole á calificar teológicamente la moralidad de tales prácticas y á acusar ante las congregaciones de Obispos y Regulares, á los frailes que las utilizan y á los obispos que las toleran.

La Defensa Social y la *Liga de Defensa del Clero* apoyarán seguramente estas nuestras pretensiones, en las cuales se interesan el honor de Cristo, de la Iglesia, del dogma y de la moral católicas, de quienes se dicen centinelas y no se dicen explotadores.

Explicación de la lámina

—Señor, acaba el encargado de despedirme de la fábrica. Ya recordará usted quién soy. El que inventó y construyó la máquina aquella que obtuvo el primer premio en la última Exposición. Llevo cuarenta años en la casa y mi mujer y mis hijos se quedarán sin pan si usted no se compadece de mí.

—Pero, bien; ¿usted puede trabajar antes?

—Los años y la fatiga me agobian, pero todavía...

—Pues si usted mismo confiesa que está ya fatigado y agobiado ¿qué quiere usted que yo le haga? Lo que no sirve estorba, y una fábrica no es un Asilo. Busque usted una recomendación para entrar en uno, ó vaya á que le socorran los compañeros de ese Congreso Socialista que actualmente se está celebrando para combatir á los capitalistas á quienes deben el pan que comen. Y puede retirarse, por que me esperan en Lhardy para almorzar.

DESDE PARÍS

Episodio trágico

Horrible ejecución de una enfermera inglesa en Bruselas.

He aquí una prueba fehaciente de la gran *kultur* alemana.

En Bruselas, desde mucho antes de la guerra, residía un matrimonio inglés que tenía una hija de quince años llamada Ethel Caveil.

Cuando comenzó la endemoniada tragedia que hoy asola al mundo, el padre

de miss Ethel, que pertenecía á la marina de guerra británica, en cumplimiento de órdenes recibidas se trasladó á Inglaterra. Poco tiempo después la madre, no pudiendo soportar el dolor que la produjo la marcha á la guerra de su esposo, murió. Así, pues, miss Ethel quedó huérfana, abandonada en absoluto, sin el calor y defensa de los padres y sin la hospitalidad que en semejantes casos ofrece la providencial patria. En tan crítica situación, miss Ethel acordó ejercer de enfermera, ofreciendo sus servicios al ejército belga.

**

Los alemanes invadieron Bélgica. Llegaron á las puertas de Bruselas. La artillería germana comenzó su obra terrible... Miss Ethel, mientras el pánico se apoderaba de la población y la muerte se acercaba, permanecía atenta al servicio de los heridos prodigando cuidados á cuantos ingresaban en el Hospital en donde ella ejercía tan meritoria profesión. ¡Belgas! ¡Alemanes! Para ella eran lo mismo los unos que los otros. Todos sufrían. Unos y otros eran víctimas del imperialismo, de una fuerza que pretendía ser absoluta soberana del mundo y que para llegar á tan loco fin nada le importaba atropellar los sentimientos y derechos de los pueblos. Para todos tenía buenas obras. A todos servía con el mismo celo. Con todos era cariñosa. Los enfermos se baban sus manitas acariciadoras y á la vez exclamaban: «¡Cuán bondadosa eres, miss Ethel!»

La bárbara fuerza insistía. Los ataques se multiplicaban. Las puertas de la ciudad cedieron al formidable empuje de las hordas germanas. Los soldados del loco conquistador penetraron en la capital belga sembrando la muerte. ¡Maldita hora! ¡Hasta el poder de Dios fué vencido!

Había que ver cómo abandonaban sus hogares las familias; cómo huían los heridos de los Hospitales haciendo un supremo esfuerzo; cómo se alejaba el ejército belga; cómo se separaban de los enfermos los médicos, los criados y las enfermeras. Mas á pesar de que la muerte se acercaba á pasos gigantescos, miss Ethel no se separó ni un instante de los heridos. Ella juzgaba que los que sufrían el dolor agudo de sus heridas en aquellos fatales momentos, necesitaban más y más de sus cuidados.

Los invasores ganaban terreno. Las calles estaban cubiertas de cadáveres. Las barricadas, en donde horas antes había defendido la neutralidad belga el pueblo heroico de Bruselas, habían sido destruidas por la artillería alemana. Ejército y pueblo se batían en retirada dejando trozos de su carne en las calles de la ciudad. La lucha continuaba fuera de Bruselas en los campos.

El Estado Mayor alemán se estableció en el palacio del rey Alberto. Los soldados del kaiser saqueaban la ciudad. La piratería había triunfado... Miss Ethel continuaba en su puesto atenta, servicial. La situación de los heridos belgas había cambiado. Ya no eran heridos solamente. Eran heridos y prisioneros. Miss Ethel redobló sus cuidados con los enfermos belgas, con aquellos desgraciados que llenos de horror veían desaparecer de las salas del Hospital las banderas de su patria y el retrato de su justo soberano.

**

Transcurrían los días terribles. Los en-

fermos, el que no moría, mejoraba y sanaba. Los belgas, de cuando en cuando, eran trasladados á los campos de concentración, á Alemania, en calidad de prisioneros. Ante semejante porvenir, un día, protegidos por la casualidad, se fugaron del Hospital dos heridos belgas. En cuanto tuvo conocimiento del hecho el Estado Mayor alemán, se reunió un *cour martial* y después de detenido estudio declaró culpable á miss Ethel Caveil, acusándola de haber proporcionado á los fugitivos medios para que se evadieran y refugiaran en Inglaterra. El Consejo sentenció á muerte á la noble y heroica inglesa.

La ejecución hubo de celebrarse junto á los muros del Hospital por no osar los creadores de la *kultur* cometer tan vil asesinato públicamente.

A las cuatro de la madrugada fué conducida miss Ethel, al otro día de dictarse la sentencia, ante los encargados de asesinarla: seis soldados y un oficial.

La generosa inglesa protestó enérgicamente ante los soldados, manifestando que no había cometido ningún delito que la hiciera responsable de tan cruel pena. El oficial respondió que á ellos no se les había encomendado más que el cumplimiento de un servicio. «Cumplid vuestro deber, pues, señor oficial—replicó miss Ethel—, pero no olvidéis que quien hiera mi pecho cometerá un crimen.»

Mas delante del pelotón encargado de su ejecución las fuerzas físicas le abandonaron y cayó desmayada á los pies del oficial.

La escena no podía ser más desgarradora. Empero no por ser así sufrió demora la ejecución. El oficial puso un pie sobre el cuerpo inanimado de miss Ethel y con su revólver de ordenanza le disparó un tiro sobre la frente. El cadáver fué transportado á instancias del ministro de España que se encargó de su entierro, á casa de una dama belga.

La ejecución de miss Ethel Caveil ha indignado á los belgas, quienes dicen que es el crimen más monstruoso que se ha cometido en toda la guerra.

¿Quién no se indigna ante tan villano proceder?

Sólo son capaces de no indignarse los lectores de *El Correo Español*. Para éstos seguramente es muy poco crimen... este crimen.

La verdad es, que sólo la historia que nos legaron los carlistas ofrece casos semejantes.

FERNANDO PINTADO

París, Octubre 1915.

BUENA OCURRENCIA

Al llegar á Cabra los frailes redentoristas de que en otro lugar de este número hablo, para preparar la llegada del obispo, que no sé si habrá ido allá el día 30 alguien tuvo la oportuna idea de imprimir y repartir en una *Hojita* dos de los sonetos que he publicado en *EL MOTIN*; el titulado *REGLA INFALIBLE*; que empieza:

*Si vas á cualquier pueblo y saber quieres
quienes son los vecinos más bribones,
y el dirigido A UN OBISPO, que comienza de este modo:*

*¿Quieres que digno de Jesús te crea?
Abandona el palacio donde vives.*

Reciba mi enhorabuena el autor de

tan feliz ocurrencia, al que deseo que no le falte nunca la gracia divina, para que, unida á la que él tiene, pueda realizar muchos civilizadores actos parecidos.

Y recomiendo á mis lectores que lo imiten siempre que se les presente ocasión, *ad majoran mei gloriam*.

Calumnias al clero

Leo en *La Democracia* de León del 25 de Octubre:

«El vecino de Azadinos D. Tomás Juárez nos denuncia que el cura párroco de dicho pueblo, D. Pedro de Paz, pegó dos garrotazos á un hijo suyo (del Tomás, se entiende), que se llama Gumersindo, y tiene 16 años, sin que hubiese motivo serio para la agresión y cuyo hecho ocurrió anoche.

—Otros cuantos señores, vecinos todos de San Millán de los Caballeros, partido de Valencia de D. Juan, nos dan cuenta también de que el cura de aquel pueblo, D. Manuel Martínez Domínguez, pegó dos tiros de escopeta á un joven de San Millán, por una cosa verdaderamente baladí, según los denunciantes, y cuyo cura está preso en la cárcel de Valencia de D. Juan.»

Ruego á mi queridísimo colega *Unión y Caridad* que me diga si esos dos señores sacerdotes pertenecen á la *Liga de Defensa del Clero*, para apresurarme á desmentir esas dos noticias, lanzadas indudablemente con el infame propósito de atraer la odiosidad del pueblo sobre una clase tan respetable y virtuosísima, según *El Universo*.

¿Pero qué estoy diciendo? Pertenecan ó no á la *Liga*, niego desde luego la veracidad de ambas noticias: un sacerdote, sólo por serlo, es incapaz de cometer tales delitos, su misión es de paz, amor y caridad.

Sobre todo en el primer caso de los dos citados, hay una circunstancia que basta para ahuyentar hasta la sospecha de que pueda haber ocurrido: el sacerdote objeto de tan villana calumnia, se apellida *Pedro de Paz*. Y siendo de *paz* su misión y *Paz* su apellido, ¿iba á liarse á garrotazos con un hermano en Cristo, á quien tal vez él mismo administrara el bautismo que ahora, según *calumniosamente* se asegura, trataba de romperle? ¡No!... ¡Imposible!... ¡Imposible!...

Y no digo más, porque el gozo espiritual que siento por haber tenido ocasión de desvanecer esas dos calumnias miserables, me impide dar salida del todo á la indignación que al leerlas me produjeron.

La alegría, cuando es muy intensa, produce los mismos efectos físicos que el dolor.

Banco de España

Prosigamos:

Un individuo que mensualmente firma

la nómina de empleados del Banco de España, cuyo nombre no revelaré por no verle incurso en la falta de confianza, vulgo *sentimiento del orden moral* que intercepta los gargüeros, decía, comentando mi primer artículo, que yo había perdido la brújula al emprender una campaña de publicidad como la que me propongo llevar á cabo, y que á su corto conocimiento (de lo que no dudé jamás) debí apelar al recurso de la conmiseración, y si era preciso, al de la humillación, porque, á pesar de la soberbia de nuestro primer Establecimiento de Crédito, dado el buen concepto que siempre gocé en aquella casa, eran de esperar benignos resultados para mí, utilizando esos procedimientos. Si todos los empleados del Banco, haciendo causa común y defendiendo sus propios intereses, que eran los míos, hubieran levantado su voz enérgica y oportunamente, no tendrían que sufrir ahora la imposición de hablar con sordina y yo me ahorraría estas expansiones.

Ese infeliz no comprende que, estando ya en la tramitación del recurso de *pataleo*, habré pasado por todos (excepto el de la humillación), que ese se lo reservo para su disfrute. Todos los medios de concordia imaginables empleé para evitar días de amarguras, precursores de una condena perpetua impuesta á seres ajenos á esta contienda con el Banco. ¿Y se atreve ese mentecato á censurar mi campaña de publicidad? Calma os recomiendo, amigo timorato, porque hay tela cortada para hablar de este asunto, cuyos detalles interesa conocer á todos los empleados, y nada perdéis con ilustraros para probables *accidentes del trabajo*; más tarde ya pasearé mis ocios por las interioridades de ese suntuoso edificio, para que sepáis que todavía recuerdo algo de su funcionamiento y deficiencias.

Esa cándida paloma, en forma de empleado del Banco, desconoce mis trabajos cerca del mismo para recuperar el *pan nuestro de cada día*. ¡Nada de arrogancias extemporáneas ni de ilusiones fantásticas como algunos suponen al conocer el resultado, sino un verdadero Gólgota! Primero, mi solicitud *respetuosa* de reposición, cuando el estado de suspensión había cesado de hecho y de derecho, como lógicamente entendían los respetables jefes del Banco Sres. Miranda y Belda, inspirados en aquel acto por espíritu de justicia; después, las gestiones en sentido particular y amistoso de mi abogado Sr. Redondo, quien llegó hasta el señor gobernador, cuya entrevista dió lugar al pleito que todos conocen; y más tarde, cuando este litigio confirmó la teoría del Banco de que ni mi familia ni yo tenemos derecho á la vida, hice *humildes peticiones*, como la consignada en mi escrito de 30 de Junio de 1913 (que no obtuvo ni la atención de ser contestado), utilizando en él el recurso de la *clemencia*, ya que estaban agotados todos los que en sentido legal pudieran ampararme; y apelando á esa virtud que modera el rigor de la justicia y hace latir los corazones *no acorchados*, acudí al señor gobernador y consejeros, para que, fijando la vista en el cuadro triste que proyecta sobre mi familia los efectos del famoso acuerdo de separación, remediasen de alguna manera el perjuicio material que sufría con la pérdida total de lo que constituía nuestro único patrimonio, y el detrimento moral incalculable por el estigma con que aquella resolución sella la

honorabilidad de quien ha gozado siempre del general aprecio y respeto, venerationes estas hoy anuladas por el concepto de réprobo que había de merecer en lo futuro, mediante esa especie de pena afflictiva impuesta por el Banco arbitrariamente.

Dígame ahora ese burocrático bancario si cree pertinente, después de lo que he hecho, que apele al recurso de sus *rogativas*. Me disponía á acudir á la intercesión de Santa Marcela y de San Antonio de Pádua, pero estos buenos amigos, antes de dar un paso en favor de nadie, exigen que suelten la *mosca* en sus cepillos *ad-hoc*, y desisti por falta de recursos.

Y por último, me dijeron algunas personas que están en el secreto en eso de ablandar corazones, que yo debí acudir en apoyo de mis pretensiones á *gente de sotana*, y que toda gestión debiera entenderse con el Sr. Belda, que es la persona más influyente del Banco. No quise oír más, y fuíme á visitar á un señor sacerdote que me estima mucho, persona por todos conceptos dignísima, y le expuse mi deseo, anticipándole, para su gobierno, el detalle de que á quien tenía que hablar era nada menos que á D. Francisco Belda, hombre muy bueno y *muy religioso*. Le advertí, además, que este señor, como jefe de la Asesoría á la sazón, había informado favorablemente mi instancia en la que pedía mi reposición, y que, siendo como era un funcionario de extraordinaria significación, había que esperar mucho y bueno de la resolución de mi expediente. Le dije también que si no podía conseguirse que fuera repuesto, se acordara mi jubilación, ya que de todo ello había precedentes en el Banco; y, en último caso, no pudiendo lograrse ninguna de ambas cosas, que se considerase á mi mujer é hijos viuda y huérfanos á los efectos del disfrute de derechos pasivos; ya ven mis lectores que brindaba el sacrificio de hacerme el muerto (no se rían ustedes, porque también ha habido precedentes). En resumen: que no se consiguió nada; y el Sr. Belda se limitó á ofrecer que haría cuanto pudiera... por no hacer nada.

Pero ¡ah, cuando le nombraron subgobernador! Entonces vi el cielo abierto, y como él que tiene el padre alcalde, reproduce mis pretensiones por escrito y de palabra, por el mismo *conducto sotanESCO*, y al fin recibí una carta atentísima del señor Belda, en la que decía que tenía el sentimiento de manifestarme que, precisamente por los deberes que le imponía su cargo, no podía tomar iniciativa alguna en mi favor, aunque tampoco se oponería á ninguna que otros promoviesen. Posteriormente recibí otra carta del mismo señor, con alardes también de sentimiento, manifestándome que no le era posible hacerme esperar resolución favorable á mis peticiones.

¿Se enteran ustedes? Nada menos que un subgobernador, como si dijéramos, el amo del tren, dice que no puede tomar iniciativa alguna, cuando, precisamente, se le presentaba ocasión de que prevaleciese el criterio que suscribió en el dictamen que todos conocen, que está en un todo de acuerdo con el informe del señor secretario general, y dió lugar al decreto de conformidad, firmado por el señor gobernador, que es, entendido bien, la suprema autoridad del Banco. Y os preguntaréis todos: siendo de la potestad de estos señores apreciar la falta de con-

fianza de un empleado, ¿cómo informan y decretan en el sentido de admisión y contemplan impasibles la separación? Ya no procedía más que extender el oficio comunicándome resolución tan feliz, sin dar lugar á que el Consejo se metiera en camisa de once varas; eso lo ordena inmediatamente un gobernador que se dedique á leer las leyes del Banco, pero el Sr. Merino, que no sabía, por lo visto, qué importancia tiene el decreto de quien ejerce la suprema autoridad del Establecimiento, consiente después presidir un Consejo que se solaza en restarle facultades, y no se marcha á su casa á morir de tristeza. Ridículo mayor no se concibe, y esto es lo que pudo evitar el Sr. Belda, que, por su condición de letrado experto, su conocimiento en los asuntos de personal y la honrada imparcialidad en él peculiares, ha sido siempre el consultor en todos los asuntos de esta naturaleza, y en el mío con mayor motivo, puesto que, al ser consultado, como indudablemente lo sería, no tuvo más que reproducir su dictamen.

Hay que desengañarse; pesa mucho en el Banco la opinión del Sr. Belda, que es, á juicio de todos, el que ha decidido sobre la suerte de varios empleados que, habiendo sido separados en absoluto, mediante informes que así la aconsejaban, ocupan actualmente sus puestos. ¿Hay precedentes?

En el número próximo se continuará.

J. BAUTISTA SANCHÍS

24-10-915.

EL MOTIN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS

SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Libros en venta

Trozos de mi vida

TRALLAZOS

CALUMNIAS AL CLERO
MÁS CALUMNIAS AL CLERO
OTRAS CALUMNIAS AL CLERO
NUEVAS CALUMNIAS AL CLERO

Inventadas

por

José Nakens

Precio de cada tomo: DOS pesetas.

A los suscriptores directos, el 25 de rebaja.

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID